

se encuentra en todas las liturgias antiguas y modernas, orientales y occidentales: *Unde et memores, Domine*. Sí, nos acordamos, queremos cumplir esta orden tuya, que es una orden de salud, de redención y de gracia. Y por eso estamos aquí ofreciendo el sacrificio en memoria de Cristo; y en las dos oraciones siguientes, tan solemnes, tan recogidas, tan quintaesenciadas, tan inmóviles como ésta, pedimos al Padre que mire con ojos favorables nuestra ofrenda y que, llevada ante el sublime trono de la majestad divina, descienda luego en plenitud de gracias sobre cuantos han participado del altar de la tierra. Vamos a analizar más despacio esta parte del Canon, que mejor que ninguna otra nos revela el significado auténtico de la Misa.

LA VICTORIA DEL CORDERO.

Ella nos enseña en primer lugar que el sacrificio de Cristo no es únicamente algo que nosotros presenciemos, que no estamos en él como simples espectadores, sino que, por el contrario, entramos en él como parte activa, puesto que sacerdote y pueblo, «el pueblo santo de Dios»; le ofrecen en memoria de Cristo y juntamente con Cristo. Lo que nosotros hacemos vale muy poca cosa, si no lo hacemos así lo quiso el Señor, en memoria suya. Por eso nos acordamos de Él, y nos acordamos muy particularmente de su Pasión bienaventurada, de su Resurrección y de su Ascensión gloriosa, de todo el misterio de la Redención de Cristo, en su doble aspecto doloroso y glorioso, que se ha hecho allí presente por las palabras de la consagración. No podemos pensar en la Muerte de Cristo sin evocar también su Resurrección, y por eso el sacrificio de la Misa tiene resonancias de victoria y de luz, que son como un reflejo de la alegría pascual. Los primeros cristianos envolvían la cruz en joyas y metales preciosos y pintaban al Crucificado, vestido de los ornamentos pontificales, llevando en la cabeza la corona real, irguiéndose sobre el mundo, dominando en él, y ostentando sus llagas transfiguradas y como iluminá-

das por la gloria de la Resurrección. Era el fruto de este recuerdo jubiloso, constantemente renovado, en un transporte de felicidad, que se parece al que hace prorrumper a los bienaventurados en este himno de agradecimiento, recogido por San Juan en el *Apocalipsis*: «Nos redimiste, Señor, con tu sangre, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos hiciste un reino para nuestro Dios». Llenos de esta alegría, penetrados de esta realeza, nosotros, «el pueblo santo de Dios», ofrecemos, y levantamos las manos con gesto sacerdotal, «la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de la perpetua salud». Y con esta larga serie de calificativos, que a primera vista podrían parecer una tautología, intentamos expresar la riqueza inexpresable de nuestra ofrenda.

NUESTRO SACRIFICIO.

La oración se dirige a Dios Padre, no a Jesucristo. Aun en este punto capital de la Misa, Jesucristo sigue siendo el gran Mediador, el holocausto propiciatorio, que por expresa voluntad suya ha quedado a disposición de los hombres para hacerles participantes de los bienes celestiales. Y su sacrificio se convierte en nuestro sacrificio, en nuestra vida, en nuestra fuerza, en llave de los tesoros divinos. Por la doctrina del cuerpo místico, lo que en Cristo se realiza se realiza en nosotros, y nuestros actos, en calidad de miembros de Cristo, son también actos de Cristo. Esto nos permite cooperar con el sacrificio de Cristo y decir que ofrecemos al Padre la hostia pura, santa e inmaculada de nuestra redención. Esta convicción es la que daba a los primeros cristianos la fuerza heroica para morir en la lucha contra los perseguidores antes que renunciar a tan soberana grandeza. Y su sacrificio era alegre y victorioso, porque estaba iluminado y fortalecido por la oblación de la cruz y como envuelto en la gloria divina de la pasión libertadora de Cristo.